Gerardo, amigo tolerante y filósofo humanista que extrañamos

Pedro Canales

La generosidad no es obligación, sino que está constituida por gestos más o menos simples, más o menos pequeños, que van más allá del deber mínimo con el prójimo.

Gerardo tuvo conmigo gestos de generosidad que no olvido. Su generosidad y la amistad con que me honró me permiten estar hoy en compañía de ustedes y de él.

El respeto por sí mismo no es otra cosa que el respeto invariable de los propios principios, cuando tales principios pueden volverse universales, es decir, cuando son humanistas en el más incluyente sentido.

Gerardo era exigente consigo mismo por respeto a sus principios y, a la vez, tolerante con sus amigos y colegas.

Pero la tolerancia hacia sus colegas —también por razones humanistas— no implicaba ni ininteligencia ni ingenuidad: junto al respeto por sus principios trabajó y defendió, con diáfana rectitud, su proyecto de universidad.

Soy testigo de su tolerancia y de su ecuanimidad, pues nuestras discrepancias académicas —a pesar de, o precisamente por, una común formación temprana impregnada de disciplina y cultura religiosa— no estorbaron nuestro diálogo, y menos nuestra amistad.

El sinsentido de la vida se lo llevó sin darnos tiempo de profundizar la amistad hacía poco iniciada. Quedaron pendientes no sólo una primera comida hogareña, sino discusiones y proyectos comunes.

Gerardo era, sin lugar a dudas, alguien con quien se podía discutir toda opinión, sus opiniones, sin tregua, sin claudicación, hasta llegar al acuerdo razonado o a la clarificación del punto de divergencia insoluble.

Con él me habría gustado discutir, escribir un texto sobre el mínimo común denominador de los valores, virtudes y deberes exigibles a todo ser humano porque, para mi gusto, cuando él hablaba de la integralidad en educación —por ejemplo, en uno de sus textos que generosamente me dio a comentar—, implicaba en ello aspectos para mí no exigibles universalmente. Me habría gustado, por ello, construir con él un acuerdo de ese mínimo común denominador humanista.

Sin duda compartíamos un mismo proyecto de universidad, de trabajo. Gerardo sigue entre nosotros, en nuestro recuerdo y por la lectura y discusión de sus ideas que podíamos, podemos, o no compartir enteramente.

En ese aspecto, creo que habría estado de acuerdo con la idea de que el trabajo académico, el filosófico sobre todo, implica, por definición, más la búsqueda de nuevas interrogantes, problemas pertinentes, y la conciencia de la complejidad de nuestra circunstancia humana, que la seguridad de haber encontrado soluciones-respuestas.

Continuar la lectura de sus textos significará, pues, dialogar con él, recuperar plenamente la pertinencia de sus respuestas, discutir la complejidad de nuestra circunstancia expuesta en sus trabajos. Como escribe un amigo común: citar, leer un fragmento de texto de un autor es resucitar una partícula de su espíritu.